

intereses? Bastaba querer, porque tenía bastante inteligencia para desempeñar su tarea. Los jefes de los diferentes servicios de la fábrica experimentaron al ver su celo un vivo movimiento de alegría creyendo haber recobrado un patrón. El empeño que pusieron en secundarle animó á Luis, y prolongó su buena resolución algo más que si hubiera estado entregado á si mismo. Al cabo de seis meses, cansado de trabajo y de reclusión, Luis reapareció en el círculo. Allí fué acogido con demostraciones afectuosas que le retuvieron, y solicitado en sentido contrario por el placer y el deber, se dejó arrastrar por lo que para él era más agradable.

Desde aquel día la señora de Hérault comió casi siempre sola con Emilia Lereboulley, y Elena no tuvo con tanta frecuencia ocasión de seguir con los ojos al joven á las mismas horas del día. La primera vez que no fué á comer, ella se olvidó de comer también. Inclínada sobre la repisa de la ventana, con la aguja olvidada en la falda, permaneció esperando oír los pasos sonoros que conocía desde lejos. Poco á poco se hizo de noche, los cristales del hotel se iluminaron, entró en el patio el carruaje de Emilia y luego comenzó en los corredores el movimiento del servicio. Dieron las ocho en la iglesia de San Eugenio, y con el corazón oprimido, Elena pensó: «¡No viene!» Exhaló un suspiro, y cerró la ventana, triste como si hubiera perdido un amigo.

III

La fiesta del conde Woreseff no defraudó las esperanzas que había hecho concebir. En el jardín del hotel de los Campos Eliseos, fantásticamente iluminado con luz eléctrica, circulaba una multitud alegre y animada en medio de una atmósfera embriagadora formada del perfume de las flores y del olor particular de las mujeres. Cercada de una triple fila de espectadores algunas parejas bailaban al son de la orquesta oculta en un tablado entre ramaje, que dejaba caer misteriosamente las ondas sonoras de la música. En la galería que rodea todo el primer piso se juntaban grupos que contemplaban el cuadro pintoresco formado por las intrigas que mezclaban los brillantes dominós de las damas con los fracs negros ó encarnados de los hombres. Dominando el ruido de los instrumentos se elevaba á veces el murmullo de las voces, y se oían sonoras y cristalinas risas, alegre sonata de aquella noche de placer. Por la escalera de madera tallada, espléndidamente decorada con cuadros de Baudry, subía una turba de curiosos, ávidos de visitar las lujosas habitaciones particulares del conde.

Todo estaba abierto en el hotel, maravilla de

instalación, desde el vestíbulo del Renacimiento con paredes de mosaicos de Florencia hasta el dormitorio estilo Luis XV, cuyo techo luminoso es célebre en el mundo de la galantería. Los invitados podían entrar en todas partes. El gran señor ruso había dicho á sus amigos: «Esta noche están ustedes en su casa», y con el fausto hospitalario de un sátrapa de Oriente, había puesto á su disposición todo cuanto poseía. El no era en su casa más que el convidado de los huéspedes que le habían pedido que diera la fiesta. Había convidado á todo lo que existía en París de amable, de ilustre, de encantador. No había hecho más que una excepción, ni proscrito más que una persona: el duque de Bligny, que dos años antes le había quitado su mujer.

—Y esto—dijo—no es porque me haya privado de la condesa, sino porque en el duelo que siguió á esta aventura me pegó un balazo en una pierna, que me hará cojear toda mi vida. Una mujer se reemplaza, una pierna no.

Todos los grandes *clubs* habían enviado sus socios más distinguidos, y algunas caretas de terciopelo, levantadas á causa del calor, dejaban adivinar bajo los encajes de los capuchones los lindos rostros de encantadoras actrices. La prensa estaba representada por una docena de periodistas escogidos entre los que tienen talento y conciencia. Adosado á una columna de mármol, el maestro del teatro contemporáneo, con su elevada estatura, su ancha frente coronada de cabellos rebeldes y su largo bigote gris, escuchaba con sonrisa burlona á dos

mujeres jóvenes que le consultaban sobre un caso grave de conciencia. Un poco más lejos, delgado y pálido, con su perfil á lo Bonaparte, el único escritor que puede luchar en celebridad y en éxito con el gran paradógico, derramaba en medio de un círculo de oyentes un diluvio de frases ingeniosas.

El sucesor de los maestros flamencos, tan pequeño por la estatura como grande por el talento, acariciaba su larga barba, escuchando al ilustre músico Vagnot, que, con acento inspirado, hablaba de pintura, levantando su cabeza de apóstol y confirmando su competencia universal. Una joven ballarina de la Opera, cuyo renombre cuidadosamente cultivado por un banquero amigo de las artes comienza á igualar á los de las primeras estrellas, se había cogido del brazo del joven director de la Comedia Francesa, á quien agasajaba como si aspirase al título de socia. Él, sonriendo, elogiaba maliciosamente la coreografía italiana, y recibía ligeros abanicazos cuando ponía por las nubes á la Cornalba. El príncipe de Clavan, el árbitro de todas las elegancias, paseaba del brazo un dominó herméticamente cerrado, y movía riendo su cabeza blanca cuando le preguntaban: «¿Quién es?» Una dama de la alta sociedad le había dicho: «Preséntemela usted.» El hizo un gesto de terror, y respondió en voz baja: «Imposible, es *Grille d'Egout*.»

Las había, en efecto, de todas clases y para todos los gustos en aquella fiesta á que habían podido acudir á favor de la máscara las duquesas y las

cortesanas. A la entrada no se pedían más que las invitaciones de los caballeros. El incógnito de las mujeres había sido escrupulosamente respetado. Y en conciencia, Woresseff no hubiera podido decir quién estaba ó dejaba de estar en su casa. Justamente, esta promiscuidad del vicio y la virtud, de la alta nobleza y de la clase infima, era lo que había excitado tantas curiosidades.

Retirado en un pequeño salón oriental, decorado de panoplias circasianas de gran mérito, Lereboulley se había sentado á una mesa de juego con Sir James Olifaut, Bramberg y Selin Nuño, con quienes había entablado una partida de poker. La bella Diana acababa de coger el brazo de Clemente Thauziat para dar una vuelta por las habitaciones, y el senador, tranquilo, viéndola acompañada de tan temible guardián, se había creído en el caso de ganar algún dinero á sus colegas de la Banca extranjera. En la primera media hora que permaneció allí nada turbó su tranquilidad, y su semblante de cura expresaba la satisfacción más completa, cuando entró en el salón una pareja, que se detuvo á dos pasos de la mesa. La mujer, pequeña y delgada, vestía un dominó de raso blanco mate guarnecido de admirables *valenciennes*. El caballero era Luis Hérault. El senador levantó los ojos, y dijo al joven:

—¿Ya hemos pescado? Usted no se descuida...

—Si yo acompaño á esta dama—respondió Luis tranquilamente—es por servir á usted.

—¿La conozco yo?

—Usted las conoce á todas.

—Veamos.

El banquero se puso en pie dejando de jugar, y se disponía á levantar la barba de encaje de la careta, cuando la desconocida, colgándose de sus hombros, le aplicó un beso en cada mejilla.

—¡Eh! ¿Qué tal?—exclamó alegremente Luis.—Esto es amor ó yo no sé lo que me pesco.

El dominó dió un salto atrás, dejó escapar una estridente carcajada que nubló la frente de Lereboulley, y cogiendo otra vez el brazo de su caballero, se alejó rápidamente.

—¡Juraría que es esa loca de Emilia!—murmuró el senador, siguiendo á la mujer con la vista.

Se encogió de hombros con indiferencia y volviendo á sentarse prosiguió su partida. Era Emilia, en efecto, que desde una hora antes circulaba de grupo en grupo, acompañada de Luis, diciendo epigramas, dando bromas ingeniosas y derrochando con largueza el tesoro de su ingenio. Ya se había formado círculo de curiosos alrededor suyo porque Emilia discreteaba con una de las más finas espadas del mundo literario. Fingiéndola voz, bromeaba con una tranquilidad deliciosa. Nada de brutal ni violento: una conversación elegante y culta, en la que las réplicas oportunas brotaban espontáneas y menudeaban como los cohetes en un día de fiesta. Luis, encantado, participaba de rechazo del triunfo de su dama, apoyándola cuando era necesario con una sencillez regocijada, y, sobre todo, siguiendo con docilidad el movimiento que imprimía á su brazo para dirigir su paseo por los salones. Ella no se detenía más que un momento ha-

blando á los que conocía, que eran casi todos, y prosiguiendo su camino y buscando con la mirada á alguien que no encontraba.

Así habían llegado Luis y ella á la entrada de la estufa, en la cual, por debajo de plantas de anchas hojas, en medio de marrubios finos como la seda y verdes como la esmeralda, corría con sonidos argentinos un arroyuelo, que saliendo de la urna de una ninfa de mármol, se derramaba en un estanque con bordes de pórfido. Un enrejado dorado, guarnecido de cámelias encarnadas y blancas, cubría los muros, y del techo de cristal colgaban enredaderas entrecruzándose como largas serpientes verdes. Una Venus de mármol negro se alzaba sobre un pedestal de bronce, deidad misteriosa de aquel retiro exótico. Las pesadas emanaciones de las plantas se mezclaban al acre perfume de la tierra vegetal, haciendo sofocante la atmósfera. Desde que entraron, Luis sintió el brazo de Emilia temblar en el suyo, y escuchó un suspiro que se escapaba de sus labios. No la preguntó. Una mirada le había señalado á Clemente de Thauziat en pie delante de un banco de mármol, en el que estaba sentada una mujer cubierta con dominó blanco.

Bajo el capuchón de la dama aparecía una trenza de cabellos de oro, y la careta de terciopelo negro que la tapaba la mitad de la cara descubría atrevidamente una boca de rosas, entre cuyos labios brillaban dientes de perlas. Cuando sonreía se marcaba en cada mejilla un hoyuelo delicioso. Alta y esbelta, según lo que se podía juzgar bajo el amplio

traje que la disfrazaba, la dama del dominó dejaba ver un pie pequeño calzado con zapato de raso y un tobillo finísimo, cuya piel sonrosada se transparentaba á través de su media calada. Las manos, un poco grandes, jugaban con un abanico de plumas. Clemente, con su frac encarnado y su chaleco blanco, con una flor en el ojal, elegante y soberbio con su hermosa cabeza de príncipe italiano, hablaba á media voz abanicando familiarmente á su compañera con el *claqué*.

—¡Ah! Aquí está el señor de Thauziat—dijo Emilia con voz de falsete.—Como siempre, bien acompañado. Buenas noches, señora—prosiguió, inclinándose con gracia cómica.—¿No teme usted comprometerse cuchicheando con tan buen mozo?

La dama del dominó agitó con indiferencia su abanico sin responder.

—No se le cascará á usted la voz—prosiguió Emilia:—¡Oh, qué lindo piel! ¿Y la mano? Veamos.

Sin que la compañera de Thauziat pudiera defenderse la cogió la mano, y quitándole con destreza el largo guante blanco de piel de Suecia, palpó sus dedos revolviéndolos á modo de hechicera.

—¿Dices la buena ventura, mascarita?—preguntó Clemente sonriendo.

—Sí; pero no soy discreta y revelo todo lo que veo.

—Eso es más interesante. ¿Qué te ha predicho á ti, Luis? Porque supongo que la habrás pedido tu horóscopo.

—No; no me lo ha exigido ni él ni nadie. Si tu compañera lo consiente, ella será hoy la primera.

El dominó blanco quiso retirar la mano, pero Emilia la sujetaba entre sus dedos nerviosos, y á menos de entablar una lucha, cuyo resultado era dudoso, la dama no tenía más remedio que resignarse. Emilia, inclinada sobre la palma de la mano, permanecía silenciosa. Sus ojos brillaban diabólicos á través de los agujeros de su careta y su boca se contraía sarcásticamente.

—¡Oh! ¡oh!—exclamó al cabo de un momento.—He aquí una mano curiosa, y después de haberla estudiado es imposible conservar ilusiones respecto de su dueña, porque su naturaleza se muestra sin misterio. Maravillosa línea de cabeza que domina toda la vida y domina en absoluto la del corazón. Las pasiones, los caprichos, los deseos, todos los actos principales de la existencia serán sometidos al razonamiento. Venus se une estrechamente con Mercurio, y de aquí que el instinto del comercio pondrá en movimiento al amor... ¡Oh! No hay que negarlo, está escrito aquí—dijo tocando el hueco de la mano con sus dedos descarnados.—Vuestros favores no serán gratuitos, y para agradecerlos habrá que transformarlos en lluvia de oro.

Emilia no pudo continuar su implacable examen. La dama del dominó se había levantado rápidamente, y retirando la mano con violencia, dirigió á la joven una mirada de odio mortal.

—¿Eh? ¿Qué sucede?—exclamó la señorita de Lereboulley.—¿Se incomoda usted? ¿Se da por ofendida? ¿Será usted acaso una dama de la alta sociedad? ¡Oh! Hay algunas que se hacen pagar tan caras como las cortesanas.

Luis, al ver el carácter que tomaba el incidente, se había adelantado con inquietud. Parecía más ganoso de defender á la dama del dominó blanco contra las violencias de Emilia, que de sustraer á su compañera á la cólera de la que había sido tan cruelmente ofendida. Sin embargo, durante algunos segundos la hija del banquero corrió un verdadero peligro. El rostro de la víctima estaba lívido y se mordía con furor los labios. Levantó las manos, lanzando un silbido de rabia como si fuera á pegar, y viéndose impotente para devolver la afrenta recibida, se concentró repentinamente en sí misma, diciendo. «¡She shall pay for it!» que significa en inglés: «¡Me lo pagará!» y salió.

—¡Me lo pagará! Ya lo creo—dijo Emilia, persiguiéndola con una risa de desprecio.—¡Cuando yo decía que á usted se le paga todo!

Se volvió hacia su compañero, y le dijo mostrándole la bella fugitiva:

—Sígala usted, pues es lo que desea.

—¿Me dice usted eso para que la deje sola con Thauziat?—preguntó Luis alegremente, imitando á Emilia, que para asegurar su incógnito afectaba hablarle de «usted».

—¡Tal vez!—dijo la joven, tomando el brazo de Clemente.—Debo agradecer á este temible campeón que no haya intentado defender su dama contra mí.

—Si ella quería defenderse—dijo Thauziat con calma—medios tiene para hacerlo.

—¿Y la deja usted marchar sin seguirla?

—¿No ve usted que ya ha encontrado acompa-

ñante?—contestó él señalando á Luis, que corría tras la dama.

—No es usted celoso. Y sin embargo, es una mujer hermosa.

—Lo es, en efecto; pero yo no tengo ningún motivo para ser celoso.

—¿No tiene usted *ya* ninguna razón? ¿Y quién sabe si eso es verdad?

—¡Cuando yo lo digo!

—¡Buena razón!—exclamó Emilia con risa un tanto forzada.—Un hombre quizás sería bastante tonto para contentarse con esa razón. Pero una mujer.

—No me tomo nunca el trabajo de mentir.

—Conmigo, además será inútil. Conozco demasiado la verdad para que pueda usted engañarme.

Clemente sonrió, y dijo:

—¿La ha aprendido usted en la mano de esa rubia?

—En su mano ó en los ojos de usted, poco importa: la sé.

—Veamos.

—Sentémonos allí, libres de importunos.

Y al decir esto llevó á Clemente junto á un gran plátano, cuyas enormes hojas se extendían sobre un banco de doradillo. El arroyuelo murmuraba sobre las blancas piedras de su lecho, entre dos orillas del musgo. A través del follaje las lámparas esparcían una luz no muy viva. Los sonidos de la orquesta llegaban apagados como para recordar que alrededor de aquel oasis tranquilo y retirado la ola mundana seguía agitándose furiosa y devoradora

sin tregua ni descanso. Acurrucada en un rincón, la señorita de Lereboulley se entregó por un momento al placer de mirar á su acompañante. El esperaba sonriente con una seguridad pasmosa. Parecía que estaba preparado para aquella conferencia, que sabía de antemano no podía evitar.

—Mi querida hechicera—dijo tomando el primero la palabra.—A ver cómo te explicas. Dices que sabes la verdad, y deseo ver si es cierto.

—Sea—contestó Emilia.—Comencemos por la hermosa Diana, puesto que es ella la que se oculta bajo ese dominó blanco. Es fácil conocerla por sus cabellos de oro, y no hay sortilegio en nombrarla. Luego le tocará á usted el turno. Usted fué quien la descubrió y la lanzó en Londres en 1878. Era sirvienta en una taberna de Chancery Lane y se llamaba Kate Browne. Servía los emparedados y la cerveza á los pasantes de abogado, y por media corona vendía sus favores. Era ignorante sobre toda ponderación, pero admirablemente hermosa. La casualidad de un pleito llevó á usted al establecimiento donde servía, y le inspiró á la vez admiración y lástima. Un artista como usted no podía ver esa maravilla de diecisiete años fregando vasos y extinguiendo su inteligencia á fuerza de beber con sus clientes. Aunque usted profesaba el principio de no admitir en ningún caso compromiso formal con una mujer, se hizo dueño de ella, y cambió de condición de la noche á la mañana. No era ya criada, pero seguía siendo cortesana, porque era la querida de usted. Llegaba el fin de la *season*. Usted iba de castillo en castillo, cazando en el

Yorkshire y en Escocia, y de cuando en cuando volvía á pasar unos días con ella. La había usted pagado maestros, porque tiene usted el gusto muy refinado para oír destrozarse la sintaxis y recibir cartas sin ortografía. Ella aprovechó las lecciones, y en pocos meses se metamorfoseó en términos que sus antiguos compañeros de miseria y de fiesta no la reconocían. Por su cara se parecía á la antigua Kate, pero por su aspecto, por las maneras era una joven lady. Cuando hubo pulido su ignorancia y su grosería y era un instrumento peligrosamente preparado para el vicio, usted tuvo que volver á París, y la dejó en libertad, gratificándola con un beso y un tálón de mil libras. Era ya Diana, pero aún no se llamaba Olifaunt. Tenía todo lo que se necesita para emprender la carrera de la galantería: una belleza admirable, una corrupción profunda, ningún escrúpulo. No le faltaba más que un asociado para empeñarse en la conquista de la sociedad, y no tardó en encontrarlo. Este fué Sir James...

Thauziat escuchaba sin pestañear. Parecía que no se trataba de él, y que aquella historia le era completamente indiferente. Sólo en este momento hizo un gesto de sorpresa, y dijo con calma, sin tomarse el trabajo de negar:

—¿Quién la ha enterado á usted tan bien? Hay pocos que sepan esas cosas.

—He vivido mucho tiempo en Inglaterra.

—Pues no tiene usted acento inglés.

—Diana tiene poco más que yo, y no hace más que dos años que está en Francia. Bien que esas

gentes tienen el talento de su oficio. ¿Quiere usted que continúe?

—Sí; ese relato me divierte mucho.

—Si Diana estuviera aquí, nos divertiríamos más.

—¿Contaría usted eso delante de ella?

—Es claro.

—¿La odia usted?

—No le hago tanto honor. La desprecio como al fango de la calle.

—Tenga usted cuidado. No es inofensiva. La creo capaz hasta de apelar al vitriolo.

—¡Bahl!—repuso Emilia con un movimiento de indiferencia.—¿Quién le dice á usted que si me desfigurase no saldría yo ganando?—añadió en su voz natural.

—¡Coqueterial!—dijo Thauziat galantemente.

—Vamos; ya veo que no me ha conocido usted—replicó Emilia volviendo á fingir la voz.

Después de una breve pausa continuó:

—Diana es un buen tipo, pero el tal James Olifaunt es más notable todavía. Pertenece á una excelente familia. Era segundón, fué á las Indias y no trajo fortuna, pero trajo grandes necesidades. Jugador, mujeriego, borracho, todo le ayuda, y esconde sus vicios bajo la apariencia de un exterior correcto. Vive de la generosidad de los amantes de lady Olifaunt, y nadie osaría faltarle al respeto; es gran tirador de pistola y tiene tres muertes á su cargo... ¡ohl tres muertes en duelo. Sir James es un caballero y no asesina. Sin embargo, ese matón huye delante de usted, y todo hace creer

que usted sabe cosas que le comprometen muchísimo.

—¡Tal vez!

—¿Sabe usted en qué parroquia se casó con Diana?

—No; pero sé que se casaron en Inglaterra.

—En Gretna-Green, sin duda, delante del herrero. Un martillazo realizó el matrimonio. En todo caso están estrechamente ligados por intereses, ¡y pobre del que caiga en sus garras! No deje usted á ese pobre Luis Hérault, de quien se dice usted amigo, seguir adelante en la aventura que ha emprendido con ella. Aunque parece muy interesado, quizás aún sea tiempo de desengañarle. Sólo usted puede hacerlo.

—¿Qué teme usted por él?

—Todo. De semejante mujer se puede esperar lo peor. Luis Hérault es muy rico y está muy enamorado. Puede hacer que la robe... y entonces, ¿qué haría Sir James?

—Nada. Yo sé á qué atenerme.

—Pero, ¿y si es desgraciado?

—Tiene usted razón. Luis es un niño y no sabría conducirse como conviene con Diana. Pero tengo un medio de curarle si es necesario.

—¿Cuál?

—Permita usted que no se lo diga.

—Es usted muy misterioso.

—Soy discreto.

Emilia guardó silencio durante algunos momentos, hasta que preguntó en voz tan baja que parecía que la ahogaba el encaje de la careta:

—Si yo preguntara á quién ama usted, ¿qué respuesta obtendría?

—Podría darla sin dificultad: no amo á nadie.

—¿De modo que su corazón de usted es libre?

—Completamente,

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre. No he amado nunca.

Thauziat había adoptado un tono grave; fijó en la que le interrogaba una mirada profunda, y prosiguió lentamente.

—Hasta ahora, mi corazón no ha conocido el amor. He tenido aventuras galantes; he amado en el sentido banal de la palabra, que es la más grave que se puede pronunciar. Nunca me he sentido dispuesto á dar mi vida por una mujer. Si un amigo me hubiera dicho: «Estoy enamorado de tu querida,» le hubiese contestado: «Tómala,» y no hubiese vuelto á pensar en esto, sino para felicitarle de no haber contrariado á un caballero cuando me era tan fácil satisfacerle. Desde que llegué á la edad de la razón luché con las dificultades de la vida, y me esforzé por salvar los obstáculos que encontré en mi camino. He tratado de dominar la suerte, y he dado victoriosamente la batalla á la fortuna. En estas luchas he tenido necesidad de juzgar á los que se ponían á mi lado y á los que estaban contra mí, y no he tardado en comprender que los unos merecían poca estimación y los otros debían inspirar poco temor. En realidad, me ha parecido que para triunfar bastaba querer, y que el mundo pertenecía á los que tienen fuerza de voluntad; pero si hasta ahora he aplicado la mía á

buscar la fortuna, aún no la he consagrado á conquistar la felicidad. El día menos pensado encontraré la mujer que ha sido creada para mí, porque todo sér viviente tiene sobre la tierra una mitad, que le ha sido especialmente destinada, y ese día pondré todos los recursos de mi energía al servicio de mi pasión. Será preciso que la que ame me pertenezca, y para obtenerla no retrocederé ante nada.

—¿Y si hoy le amase á usted una mujer?

—Haría todo lo posible por amarla, pero sé de antemano que no lo conseguiría. Una plaza tomada no me seduce; yo necesito la conquista, la fortaleza inexpugnable que hay que escalar á riesgo de romperse los huesos: en una palabra, la batalla. He nacido con horror á lo convenido, á lo previsto. Todo, en mi vida, lleva el sello de ese gusto por la sensación rara, por el objeto único, por el tesoro precioso. ¡Esto quizás es una desgracia! Muchas veces pienso que una decepción me haría padecer cruelmente, y, sin embargo, no puedo prescindir de buscar lo imposible, lo cual confieso que sería pretencioso si no tuviera la excusa de una sinceridad completa.

—Entonces, si una joven muy rica, muy inteligente, no bella en verdad, pero capaz de ocupar bien su puesto donde quiera que la lleve el destino le ofreciera á usted su mano, que ha rehusado á los hombres más brillantes, más nobles y más ilustres de París, ¿qué contestaría usted á esa mujer bastante atrevida para sobreponerse á las convenciones sociales, y dirigirse á usted pensando que

usted sabría comprender todo lo que hay de delicado en su elección, y que un corazón apasionado podría compensar sus miserables imperfecciones físicas con una ternura de todos los instantes?

El talle de la joven parecía erguirse, y sus ojos centelleaban á través de los agujeros de la careta. Su mano se apoyaba temblorosa en el brazo de Clemente, y de todo su sér se desprendía un encanto embriagador. Parecía que bajo su dominio alentaba una de las hadas disfrazadas que figuran en los cuentos. Una palabra de amor del príncipe encantador debía ser la señal de una súbita metamorfosis que hiciera salir del capuchón una joven princesa triunfante y soberbia al recobrar la libertad y la dicha. La palabra esperada no vino. Thauziat bajó la cabeza y permaneció durante algunos segundos sumido en honda meditación. Su varonil y hermoso semblante se había oscurecido. Oyendo á la joven exhalar un profundo suspiro alzó la frente. La mano de la joven había soltado su brazo; él la cogió y la estrechó dulcemente; luego dijo con una melancolía que no trataba de disimular:

—Las palabras que acaba usted de pronunciar no se borrarán de mi memoria, y sea lo que quiera lo que usted me pida en cualquier tiempo, me encontrará dispuesto á hacerlo.

Y como la joven no pudiera contener un movimiento de sorpresa, añadió:

—Sí; sé quién es usted. La he conocido desde el primer momento, y la he comprendido perfectamente. Se trataba de usted, que me dispensaba un

honor que no merezco. Tengo el presentimiento de que en este instante voy á pasar al lado de la felicidad. Pero yo dejaría de ser quien soy si me desmintiera á mi mismo haciendo lo que he decidido que no debía hacer. Aceptar voluntariamente un lazo que no sería indestructible, sería una mala acción, porque es seguro que yo lo rompería y haría á usted traición, y así haría sufrir á una mujer digna de toda mi estimación y de toda mi ternura. El día en que yo ame á una mujer, la amaré de rodillas. Pero hasta entonces no puedo responder de mí; la haría á usted desgraciada y me daría vergüenza. Usted sabe que la profeso desde hace mucho tiempo un afecto sincero y poco vulgar. Olvide usted lo que acaba de pasar; pero concédame el derecho de recordarlo como la prueba más delicadamente lisonjera que una mujer ha podido dar á un hombre de la confianza que tiene en su honor. Tiéndame usted francamente su mano y pruébeme que es tal como usted misma se ha pintado y como yo la he juzgado, perdonándome el pasajero disgusto que la causo.

Emilia se quitó lentamente la careta, y dejó ver á Thauziat su rostro inundado de lágrimas. El forro de la máscara estaba mojado.

—Hay mujeres que lloran de alegría—dijo dulcemente—yo no conozco más que las lágrimas de la decepción y de la pena. Las que acabo de verter son de las más dulces que han salido de mis ojos. Es usted altivo, Clemente, y tiene razón para serlo. Se lo debe usted todo á sí mismo, y está usted en su derecho cuando hace de su «yo» una divi-

nidad implacable á la que todo lo sacrifica. Yo hubiera sido para usted una aliada y una amiga más que otra cosa, y puede usted estar seguro de que habría sido bien secundado por mí. Pero hay destinos infaustos, y el mío es uno de ellos, á pesar de la envidia que inspiro. Crea usted que hubiese dado todo el mundo por agradarle, porque es usted el único hombre que me ha parecido digno de mí.

Thauziat movió gravemente la cabeza y contestó humildemente:

—No es usted bastante indulgente con los demás, y lo es demasiado conmigo. Si me mirase usted con más imparcialidad lo comprendería.

Los dos callaron unos momentos tratando de recobrar su calma tan profundamente turbada. La tranquilidad poética de aquel rincón de follaje contrastaba singularmente con el tumulto de la fiesta y con la agitación de sus pensamientos. A través de la puerta se veían parejas arrastradas por el torbellino del vals. Todos, ellos y ellas, presentaban ese sello de contento uniforme que denota la ausencia de ideas. Giraban, y sobre la tierra que gira también, no había para ellos más que la satisfacción de dar vueltas.

—¡Se divierten!—dijo Emilia, señalándolos con la mano.—¡Son felices!

Se había levantado y se volvió á poner la careta.

—Ahora, ¿va usted á complacerme? Sin duda. Pues bien; no se cuide usted más de mí esta noche. Me marcho sola en mi carruaje. Desde aquí al hotel no hay más que cinco minutos, y como me

esperan, no me darán ni tiempo de llamar. Pero ocúpese usted un poco del pobre Luis, que está en manos de esa maga inglesa. Lo suplico: lo quiero.

—Obedezcó.

Entraron en el salón juntos, pero sin darse el brazo, y cuando después de andar algunos pasos, Clemente buscó a Emilia, no la encontró. Se había perdido entre los grupos, y podía, si lo deseaba, pensar que su extraña conversación con la joven había sido un sueño. Clemente pasó a los salones. Allí no se bailaba, se galanteaba. Y por parejas, en los mullidos divanes ó en el hueco de las ventanas, hombres y mujeres, hablaban en voz baja y al oído, como si las palabras de amor debieran murmurarse al oído, so pena de perder su encanto. En una reducida habitación donde ordinariamente fumaba el conde, á la opaca claridad de una lámpara morisca colgada del techo, había otras parejas sentadas en los divanes bajos, entre pilas de almohadones. Allí no se cambiaban palabras, sino besos.

Thauziat pasó. No había para qué molestar á los enamorados. Diana no podía estar allí; su pudor de inglesa se hubiese alarmado en medio de aquel fin de fiesta, y había que buscarla en otra parte. Atravesó el gran comedor donde se cenaba, en medio del ruido de la plata y la vajilla, con un lujo y una profusión moscovitas. Volvió al salón de juego y encontró á Lereboulley y Sir James, que continuaban con sus dos contrincantes la partida de póker. El senador parecía aburrido. Sir James, muy colorado, tenía delante un montón de monedas y

de billetes de Banco. Sin duda, el inglés desplumaba á los otros tres jugadores. Thauziat se acercó á la mesa, y mientras uno de los jugadores daba las cartas, preguntó á Lereboulley:

—¿Ha visto usted á Luis Hérault?

Sir James levantó la cabeza, y contestó amistosamente:

—Ha pasado por aquí hace media hora.

—¿Solo?

—No. Daba el brazo á una dama de dominó blanco. Han salido por aquella puerta, después de detenerse un instante viéndonos jugar.

—¿Y no le ha dicho á usted nada el corazón?— preguntó alegremente Thauziat.

—Nada.

El inglés había hablado con la tranquilidad de un marido que no sospecha que el traje que acaba de designar encubre á su mujer. Lereboulley se mostró más agitado, y dijo volviéndose á mirar á Clemente:

—Tome usted mis cartas un momento, amigo mío. Quiero ver si cambio la mala suerte.

—¿Y quiere usted entregarme al terrible Sir James? Muchas gracias. Nada; siga usted, querido; sus medios se lo permiten.

Y, á pesar de las miradas suplicantes del banquero, prosiguió su camino. Entró en la biblioteca del conde, vasta habitación rodeada de estantes bajos llenos de manuscritos preciosos y medallas raras. En un lienzo de pared cortado había un mirador de cristales que daba á los Campos Eliseos y constituía un delicioso retiro con muebles de bam-

bú guarnecidos; almohadones de seda y jardineras llenas de flores. Una ventana ancha y muy rasgada estaba abierta y apoyados en la balastrada de hierro hablaban Luis y Diana. Eran las dos y ya comenzaban á aparecer en el cielo blancos fulgores que amortiguaban la claridad de las estrellas. El perfume de los castaños embalsamaba el ambiente tibio. Al pie de la ventana se extendía á lo largo de la calle la fila de carruajes como una serpiente negra con ojos relucientes. Reinaba profundo silencio, y en aquella casa llena de gente, deslumbradora de luz y henchida del sonido de alegres instrumentos, Diana y Luis se encontraban solos.

Desde el momento en que Diana salió de la estufa perseguida por los atroces sarcasmos de la señorita de Lereboulley, el joven no la había dejado y ella había desplegado todos los artificios de su coquetería. Primero la encontró fuera del invernadero, en pie, cerca de una ventana, con la cabeza inclinada y los ojos llenos de lágrimas; la cogió la mano, y ella le dejó hacer como si absorta en sus pensamientos no lo notase. Quiso hablar, pero ella permaneció muda como si no lo oyera. De su pecho se escapaban profundos suspiros y sus labios temblaban. Luis, dominado por aquel dolor, cuyo espectáculo era delicioso, oprimió dulcemente los dedos de Diana, y ella no los retiró; luego se atrevió á enlazar su talle sin encontrar resistencia. Y cuando la encantadora mujer salió de su angustia y de su abatimiento, se encontró en los brazos de Luis con la cabeza casi en su hombro.

Le rechazó con adorable indignación, y alejándose un paso, exclamó sollozando:

—He aquí los efectos de esas abominables calumnias. Osa usted tratarme como á una cortesana. ¿Es decir que ha dado usted crédito á todo lo que acaba de oír?

Y como Luis se disponía á contestar, añadió:

—No me responda usted. No me haga oír vanas palabras porque en sus lisonjeras afirmaciones adivinaria su desprecio. ¿Qué crimen he cometido yo para que se me odie? ¿Por qué este encarnizamiento contra mí? Así no puedo vivir. Me marcharé y nadie me volverá á ver. ¡Esa Emilia, porque la he conocido, me persigue y me atormenta! ¡Pero yo no le he hecho nada! ¡Ni siquiera la conozco! ¿Tengo yo la culpa de que sea deforme y fea? Si su padre supiera lo que hace contra mí, pondría remedio... Pero no me quejaré... Temería afligirle, obligarle á dar explicaciones penosas para probar á esa mujer que tiene el derecho más natural y más sagrado de interesarse por mí.

Cruzó sus manos sobre el pecho, como una mártir que espera en el circo la bestia feroz que va á destrozarla, y sus labios se movieron como si articulasen una oración. Luis desvanecido por la hermosura verdaderamente extraordinaria de la joven, embriagado por su encanto, ni siquiera escuchaba sus palabras: no atendía más que el sonido de su voz. En aquel momento hubiera renegado de Emilia, á quien, sin embargo, quería como á una hermana, y hubiese provocado á Thauziat. Estaba enloquecido y hubiera dado todo lo que poseía

por coger en sus brazos á Diana y llevársela como una presa suya, y nada más que suya. Su deseo se pintaba en sus ojos, y Diana apartó los suyos como si los sintiera heridos por un resplandor demasiado vivo. Y cerrando el dominó con un ademán púdico, modesto y ruboroso, como el de una virgen, dió un paso para alejarse.

—No me deje usted—exclamó Luis con calor.— Usted sabe que conmigo lo puede todo; que soy su servidor fiel, su amigo leal y que la defenderé contra todo y contra todos.

—Tendría usted demasiado que hacer—contestó Diana dulcemente;—por otra parte, yo no tengo ningún derecho sobre usted, y no he de permitir que se comprometa por mí. Retírese usted... Deje usted sola á la desgraciada mujer contra la cual todo es lícito.

Había dicho precisamente las palabras que necesitaba Luis para hacerse matar por ella. Se adelantó resuelto, y la dijo con una sonrisa de confianza juvenil.

—Tome usted mi brazo, y no tema nada.

Ella levantó los ojos, y como fascinada por su resolución y su firmeza, con cierta amorosa confianza, cogió el brazo que se le ofrecía, y siguió al joven. Juntos pasaron por el salón de juego, como había dicho Sir James, y Diana no pudo resistir al deseo de acercarse á la mesa. Su marido la miró con indiferencia. Lereboulley se mostró más expresivo y sólo una mirada imperiosa de Diana le obligó á permanecer en su puesto. El senador estaba en una situación angustiosa. Le ardían la fren-

te y las orejas, y daba el espectáculo de un viejo refrenando el deseo que le amenaza con una apoplejía. Diana, envuelta en su dominó, pasó silenciosa como un fantasma blanco. Un instante después estaba con Luis en el balcón de la biblioteca.

Permaneció algunos momentos apoyada en el antepecho entregando su frente á las caricias del viento de la noche. Se había quitado la máscara, y Luis admiraba su belleza, que era realmente perfecta. Sus grandes ojos azules con largas pestañas tenían una dulzura cándida. Su nariz pequeña, con las fosas delicadamente sonrosadas, daba á su fisonomía un aire deliciosamente maligno. Su boca tenía el contorno suave de las vírgenes. Era el rostro más adorable que puede soñar un amante, con la pureza seráfica de los ojos y de la boca y la audacia infernal de la nariz, que desafiaba al mundo entero. En aquel momento Luis no veía aquella nariz diabólica; no distinguía sino aquella boca y aquellos ojos de ángel, y pensaba que por tener el derecho de estampar allí un beso, se podía cometer un crimen. Al cabo de algunos minutos la joven dejó escapar una exclamación de despecho, pasó la mano por la frente como para deshechar un pensamiento penoso, y dijo sonriendo tristemente:

—Perdóneme usted. Pensaba en un pasado muy doloroso que es mi existencia entera. Porque aunque soy todavía muy joven, pues no tengo más que veinticuatro años, he sufrido mucho y sufro todavía.

Viendo en Luis un ademán de asombro, movió la

cabeza, cuyos cabellos rubios brillaron como un casco de oro.

—¡Oh!—añadió.—Ya no sufro del mismo modo. En otros tiempos he conocido la miseria, casi el hambre. Mi madre había muerto dejándome sola, y mi padre nos había perdido de vista. Se necesitó una gran casualidad para que yo recobrase este protector perdido. ¡Y Dios sabe á qué calumnias ha dado pretexto su generosa bondad! Pero aquellos tiempos de miseria no eran nada comparados con los que han venido luego. Al menos entonces era libre, mientras que hoy me veo ligada á un hombre que no me comprenderá jamás.

De pronto exclamó interrumpiéndose y como tratando de contener los sollozos:

—¿Pero no sé por qué digo estas cosas! ¿Qué le importa á usted que yo padezca? Usted no puede hacer nada.

—Me dice usted esas cosas, porque sabe que la amo. ¡Oh! si lo sabe usted. Desde hace seis meses se lo ha dicho mi turbación cuando me acercaba á usted, la emoción de mi voz cuando tenía la dicha de hablarla, mi timidez cuando la seguía sin atreverme á decir lo que sentía, mi audacia en este momento en que abro mi corazón para decirle que la adoro. Sí; lo he comprendido. Usted no es amada; usted no es feliz. ¡Dios mío! ¿Cómo es posible que un hombre viva al lado de usted sin caer á sus pies para no levantarse nunca? Cuando yo miro á usted me estremezco; cuando mi mano toca la suya me parece que circula fuego por mis venas, porque usted me perteneciera daría toda mi san-

gre, pues una hora de su amor vale más que todos los días que me queden de vida.

Inclinado hacia ella, Luis había murmurado sus palabras en voz baja, con una dulzura acariciadora. Sus ojos lanzaban fuego y sus labios ardían. Diana, con los párpados medio entornados, le miraba conmovida, á pesar suyo, por aquel desbordamiento de pasión joven y sincera. Estaba seductor en aquel momento y merecía ser amado. La inglesa contestó sonriendo melancólicamente:

—¡Cuántos me han dicho lo que usted acaba de decirme sin que yo por fortuna les diera crédito, porque no experimentaban más que un capricho pasajero! Es una fatalidad de mi existencia que todos los hombres se crean obligados á decirme que me adoran. ¡Qué de juramentos falsos! ¡Qué de inútiles promesas! Usted tal vez sea más leal que los otros y me ame verdaderamente, porque hace ya mucho tiempo que me es usted fiel. Pero si yo le escuchara. ¿cuánto duraría esa pasión? Una mujer es un juguete para hombres como usted. Ya se que, aunque muy joven todavía, es usted un calavera. Además, nunca se separa usted de Clemente Thauziat...

—¿Va usted á hablarme mal de él?—preguntó Luis.—Me han dicho que la conoce á usted hace mucho tiempo y pudiera...

—Sea usted franco. ¿Le han dicho á usted que ha sido mi amante?—preguntó súbitamente Diana.—Tal vez se lo haya dicho él mismo. Hay hombres que por vanidad son capaces de todas las infamias...

—No me ha hablado nunca de usted, aunque le he preguntado muchas veces. Yo quería saber quién era usted, aun á riesgo de sufrir una decepción. Todo lo que á usted se refiere me interesaba de tal modo, que creo que hubiese olvidado todo lo malo que pudieran decirme, y que nada hubiera prevalecido sobre mi amor.

—¿Es eso cierto?

La fisonomía de Diana cambió súbitamente, sus pupilas palpitaron en sus ojos medio cerrados, sus narices se dilataron, su boca se entreabrió irónica, y preguntó con aire de desafío:

—¿Y si yo le dijese á usted que Clemente me ha amado, que he sido suya y que tal vez todavía?...

No tuvo tiempo de acabar. Luis la había cogido por la cintura y con una violencia irresistible la había levantado sobre la balaustrada. Un esfuerzo más y caía á la calle y se estrellaba sobre las piedras. Sus cabellos, desceñidos por esta agresión brutal, se extendieron sobre sus hombros como un manto perfumado, y en los brazos del que la amenazaba, oprimida contra su pecho, en su rostro brilló una expresión de triunfo radiante. Los dos permanecieron un momento inmóviles contemplándose uno á otro; de repente Diana se retorció como una rama en el fuego, sus labios se acercaron á los de Luis y le dió un larguísimo beso. Pareció al joven que el cielo se había iluminado con resplandores que le cegaban, y quedó aturdido con las manos metidas en aquella cabellera de oro, cuyas ondas le envolvían como un mar de llamas. Cuando volvió en sí, el cielo brillaba tranquilo, la

calle estaba silenciosa y oscura, y Diana, en pie, un poco pálida, recogía sus cabellos. El la cogió con ardor, ella no resistió más que débilmente, y con la boca pegada al oído, la dijo:

—La adoro á usted.

—Y, sin embargo, ¿ha querido usted matarme?

—¿Por qué me ha sometido usted á esa horrible prueba?

—Para ver si me amaba usted verdaderamente. ¿Con que es usted tan celoso?

—He padecido tanto en ese momento, que he perdido la razón. Pero lo que usted me ha dicho es falso, ¿no es verdad?

—Sí, falso.

—Ahora no podría soportar la idea de que es usted de otro.

Diana preguntó bajando la cabeza:

—¿Olvida usted que no me pertenezco?

—¿No me ha dicho usted misma que su marido no era para usted más que un extraño?

—Por reprehensible que sea su conducta para conmigo, no por eso dejo de ser su mujer y de llevar su nombre. Pero esto me prueba qué loca y qué imprudente he sido... Ya pretende usted hacer valer sus derechos... Usted me va á perder. Yo se lo ruego, olvide usted lo que acaba de pasar. Arrastrada un momento por su pasión, embriagada por sus palabras, he olvidado todo y he tenido el sueño insensato de consagrarle mi vida... Pero ya ve usted que eso es imposible. ¡Oh! Usted hubiera sido el único hombre á quien yo me hubiese abandonado, siquiera un segundo. ¡Le hubiera

amado... le amo demasiado! Pero aún es tiempo. Vale más sufrir y no volver á vernos.

—No espere usted que yo consienta.

—¿Qué quiere usted entonces?—preguntó Diana.

El, por toda respuesta, la volvió á coger en sus brazos y la sintió palpar sobre su corazón. Trató de darla un beso, pero ella se le escapó, y no pudo más que morder una trenza de sus cabellos.

Una especie de delirio pareció apoderarse de ella. En lugar de rechazar á Luis le oprimió estrechamente ahogando gritos inarticulados. Su rostro se inundó de lágrimas y pareció presa del amor más violento y de la desesperación más terrible. El contemplaba embriagado aquel voluptuoso desorden, y era tal su aturdimiento, que no pensó en aprovecharse de la locura que se la entregaba sin defensa.

—¡Mia—repetía—solo mia; mia para siempre! Ella le miró fijamente y respondió:

—¡Sí, suceda lo que quiera! Antes la muerte que renunciar á ti.

Luego, rendidos por la emoción de esta escena, unidos uno á otro; sin decir una palabra, permanecieron en el balcón gozando de aquella hora deliciosa.

Un ruido de pasos les arrancó á su dicha, y se separaron vivamente. Thauziat estaba en su presencia.

—Hace media hora que busco á ustedes—dijo tranquilamente.—¿Tomaban ustedes el fresco?

—Sí—contestó con gran calma Diana, mientras Luis entraba en la biblioteca para disimular su

turbación.—Hacia en el salón un calor sofocante. ¿Qué hora es?

—Las tres de la mañana—respondió Thauziat después de mirar el reloj.

—Ya es hora de retirarnos. Voy á arrancar á Sir James á las dulzuras del juego.

Se volvió hacia Luis y tendiéndole la mano con amistosa indiferencia como si nada hubiera pasado entre ellos, le dijo:

—Adiós. ¿Le verá á usted hoy?

—Sin duda—contestó él inclinándose.

Un momento después desapareció Diana, y Luis se quedó solo con su amigo.

—Te he dejado bastante tiempo para hablar con lady Olifaunt—dijo Clemente—y habrás visto que he llegado muy discretamente haciendo ruido para anunciar mi presencia. Parece que no os ha ido mal.

—Muy bien—contestó Luis secamente.

—¡Ah!—replicó Thauziat.—¿Es ese tu agradecimiento? Si ella no ha estado amable, no es culpa mía.

Luis, poniendo la mano en el brazo de su amigo, le dijo con seriedad:

—Escucha, Clemente; te ruego que no hablemos nunca de lady Olifaunt. Eso será mejor que hablar de ella con esa insultante ligereza.

—¡Pero, hombre!—exclamó Thauziat con sorpresa.—¿Qué hay? ¿Qué te ha dicho? ¿Qué ha pasado? ¿De dónde viene ese respeto repentino y esa severidad inesperada.

—Dos palabras te lo explicarán todo: ¡la adoro!

—Eso no es nuevo. Haceseis meses que te sucede.

—La adoro—te repito, añadió Luis con exaltación—y por no separarme de ella estoy dispuesto á todo, á robarla, á casarme si es preciso.

Thauziat levantó una de sus manos blancas y nerviosas, frunció las cejas y murmuró:

—Las mujeres son más perspicaces que nosotros. Emilia había adivinado hasta dónde podía llegar la aventura.

Y añadió mirando fijamente á su amigo:

—Robarla, es mucho; casarse, demasiado. No hay que casarse con Diana cuando se puede prescindir de esa ceremonia.

—Modérate, Clemente—exclamó Luis palideciendo.—Estás insultando á una mujer á quien amo, y no lo consentiré.

—¡Creo que me amenazas!—dijo Thauziat con un acento tan rudo que los nervios de Luis vibraron.—¡Vaya una embajada! ¡Ehl mentecato, si esa encantadora mujer te gusta, sé su amante, pero no la robes, y sobre todo, no la hagas divorciarse de ese excelente Sir James, porque la dejarías en la calle.

Y se echó á reír. Esta risa exasperó á Hérault, que se acercó á su amigo cerrando los puños.

—Por segunda vez te digo que te moderes. ¡Es una cobardía insultar á una mujer!

—Modérate tú—interrumpió Thauziat—majadero, que te dejas coger en las redes de semejante dama. ¡Has llegado hasta el punto de desconocer mi amistad y dudar entre una mujer y yo? En caso tigo debiera dejarte hacer lo que quieras, si no

hubiese prometido á una persona que ha tenido la bondad de interesarse por ti no dejarte caer en el lazo. Tú crees en la pureza y en el amor de Diana, ¿no es verdad?

—Sí.

En aquel mismo instante apareció Lereboulley, que venía de la sala de juego.

—Es tarde—dijo el senador.—¿Ustedes se quedan aún? Yo me marchó á pie. Buenas noches... ó por mejor decir, buenos días.

Saludó con la mano á los dos amigos y salió lentamente. Thauziat, volviéndose á Luis, le dijo con gravedad:

—Lereboulley se marcha á pie, vamos á seguirle y pronto sabrás á qué atenerte.

Bajaron al piso bajo, tomaron sus abrigos y salieron á los Campos Elíseos. Cincuenta pasos delante de ellos marchaba el senador con el cigarro en la boca, las manos en los bolsillos del gabán y el bastón debajo del brazo.

—Se va á su casa—dijo Luis.

—Veremos—respondió Clemente.—Vamos por debajo de los árboles para que no nos conozca.

Llegaron á la plazoleta, y allí, en lugar de volver por la avenida d'Antin, Lereboulley se dirigió á la izquierda, atravesó la calle como si fuera al Circo y entró en la avenida Gabriel. Thauziat había cogido casi por fuerza el brazo de Luis y lo sintió estremecerse.

—¿Comienzas á sospechar á dónde va?—le dijo.

Luis no contestó, pero su respiración se hizo más fatigosa, como si un grave peso le hubiese oprimido.

do el corazón. El senador marchaba tranquilamente sin sospechar que le seguían. A la altura del café de los Embajadores, Thauziat detuvo á su amigo. Se escondieron detrás de un grupo de plautas y esperaron. Lereboulley anduvo aún veinte pasos, se detuvo delante de una puertecilla oculta por la hiedra y disimulada en la verja del jardín, miró maquinalmente á derecha é izquierda como para cerciorarse de que no le espiaban, y luego, haciendo girar la llave en la cerradura, entró.

—¡La miserable! Me ha dado á entender que era su padre.

Thauziat se encogió de hombros.

—Eso es lo que dice generalmente para explicar el lujo con que vive. Desde que está en París, Lereboulley se compromete por ella. Eso explica el odio de Emilia. Ahora sé su amante si te acomoda; pero no la robes, porque sería inútil, y sobre todo, no te cases con ella porque sería vergonzoso.

—¡No la veré más!

—Eso es exagerado. Se la debe ver, pero no creerla.

Luis cogió la mano de su amigo, y dijo, estrechándola cariñosamente:

—Perdóname lo que te he dicho antes: estaba loco.

—Ya no me acuerdo de lo que me has dicho. Lo que no te perdono es que me hayas obligado á hacer traición á una mujer.

Y con un violento movimiento echó el brazo por el hombro de su amigo y lo llevó lejos de aquella casa que le atraía con fuerza irresistible.

IV

Era la una de la tarde, y Elena de Graville, después de almorzar, acababa de ponerse á trabajar, cuando un discreto campanillazo la hizo ir á la puerta de entrada. Abrió y retrocedió un paso al encontrarse frente á frente de una señora anciana ricamente vestida, en quien reconoció á la señora de Hérault. La abuela sonrió á la atractiva y fresca juventud de su inquilina.

—Dispense usted—dijo entrando—si la molesto. Me han dicho que es usted una bordadora muy hábil, y tengo un trabajo delicado, que desearía confiarla.

—Tenga usted la bondad de entrar, señora—contestó la joven dulcemente—y perdóneme si la recibo en medio de este desorden.

Y señalaba con la mano las telas extendidas sobre los muebles, la máquina de coser preparada, los adornos y las pasamanerías fuera de sus cajas y cerca de la ventana desde donde tantas veces había espiado á Luis, la mesa cubierta de una magnífica pieza de seda medio bordada.